

De resistencias. La (im)posibilidad de la política en la Argentina actual

Camila Cuello¹

Resumen

En este trabajo proponemos analizar el modo en que el actual gobierno entiende la política –y el conflicto inherente a ella– con el objetivo de interrogarnos acerca de la posibilidad de construir espacios de resistencia en el marco de un avasallante régimen neoliberal que atenta deliberadamente contra la participación en los asuntos públicos, como así también contra las condiciones materiales de vida de gran parte de la sociedad.

Habiéndose cumplido ya diez años desde su ingreso al gobierno de la ciudad de Buenos Aires, el PRO trajo consigo un discurso que gira en torno a una nueva promesa política que incluye grandes redefiniciones acerca del rol del Estado, sus funcionarios y las políticas públicas; de las identidades políticas, la militancia y el pasado reciente. En suma, propone una nueva forma de ver y habitar la política que tiene grandes repercusiones sobre el modo en que se enfrenta al conflicto.

Desarrollaremos aquí algunas de ellas porque creemos que es necesario pensar en este nuevo fenómeno de acciones y de performances públicas, más allá de la suposición de que se trata tan solo de envasadas estéticas construidas por expertos del *marketing*. Si bien no puede obviarse el hecho del que el PRO construya sus presentaciones públicas de acuerdo con cuidados patrones de la mercadotecnia, estos no alcanzan a explicar su triunfo como partido de gobierno.

Neoliberalismo y política

Para embarcarnos en este análisis, es necesario detenernos –aunque sea brevemente– en el proceso de construcción de la fuerza que hoy lo habita: el PRO. Tal como han demostrado Vommaro y Morresi en diversos estudios (2015, 2016, 2017) la construcción del PRO –actual Cambiemos– atravesó una larga marcha que, según su propio relato, encuentra su puntapié inicial en la crisis política pero también social y económica de 2001. La debacle nacional de aquellos años deja en cierto sentido disponible a una gran

¹ Universidad Nacional de General Sarmiento-Conicet.

porción del electorado y cambia drásticamente las reglas del juego político: disminuyeron las condiciones de ingreso al campo político y quedaron disponibles cuadros políticos intermedios sin oportunidades de crecimiento en sus partidos. En este contexto, y en el marco de la Fundación Creer y Crecer,² surge la figura de Mauricio Macri como un nuevo líder con proyección electoral, alto grado de conocimiento y popularidad, en virtud de ser por entonces presidente de Boca Juniors. Macri se presentaba como una promesa de renovación del espacio político que buscaba nuevos aires frente a la crisis reinante y fue justamente su exterioridad al ámbito de la política aquello que se convirtió en un recurso de legitimación en sí mismo.

Así, si bien el PRO está compuesto por cuadros políticos de larga data, estos son invisibilizados en pos de su presentación como un partido nuevo conformado por quienes “*se meten en política*”³ los cuadros empresarios (*managers* y *CEO*), los profesionales del universo de los *think thanks* y los voluntarios de las ONG.

Al igual que la crisis de 2001, el año 2008 y el conflicto con “el campo” por la 125, es presentado en el relato de los integrantes de PRO como otra de las coyunturas de politización que robusteció sus filas. En este contexto, gran parte de la clase alta y en especial los CEO sintieron temor y hostigamiento por parte de un Estado, que desde su perspectiva sofocaba las iniciativas privadas en el ámbito económico. Aquí, además de la 125 también hacen referencia al control de cambios, la regulación de los precios y de las importaciones. Este sentimiento toma la forma, entonces, de un “pánico moral” frente a la *chavización* de Argentina. Aunque se encontrara fuera de las posibilidades reales, la continua referencia a la amenaza de convertirnos en Venezuela, se traduce para las filas del PRO en la necesidad de *meterse en política*.

Como es bien sabido, históricamente la derecha ha tenido tensas relaciones en lo que respecta al rol que cumple el Estado como ente regulador de la vida en las sociedades modernas. Sin embargo, el reconocimiento del rol del Estado es uno de los rasgos del PRO que lo distinguen de las derechas neoliberales tradicionales (Vommaro, 2017). Mauricio Devoto, uno de los primeros integrantes de la fundación Creer y Crecer, sostiene al respecto: “... de a poco nos vamos dando cuenta de que el Estado debe ser administrado, y que para ello no sirven la política [...]. Que los recursos son de todos y son escasos, y que hay que gestionarlos eficientemente” (Devoto, 2013, cit. en Vommaro, 2017: 68). Así, la gestión eficiente será la clave que marcará el rumbo del Estado macrista –al menos en términos discursivos– basado en el diagnóstico de la urgente necesidad de un gobierno de *normalización* que logre superar la *anomalía* populista.

² Fundación creada el 5 de junio de 2001 apoyada por empresarios y fundamentalmente por Francisco de Narvaéz, que se proponía formar equipos técnicos y programas de gobierno para proveer a los partidos con posibilidades de acceder al poder (Vommaro, 2017).

³ Vommaro y Morresi (2016) identifican cinco facciones al interior del PRO: la de los dirigentes provenientes de la derecha tradicional, la peronista, la radical, la de los cuadros empresarios y la de los profesionales del universo de los *think thanks* y la de las ONG. Estos grupos se organizan en los tres primeros casos, por afinidades ideológicas y tradiciones partidarias comunes; en los dos últimos por compartir ese *ethos*, relacionado con visiones comunes del mundo, de la actividad política y su propia posición al interior de esa actividad (Vommaro y Morresi, 2014: 118-165).

Su propuesta consiste, entonces, en reformar el Estado para producir una sociedad de mercado moderna, contemporánea del mundo globalizado y de un capitalismo hiperconectado cuyo principal motor es el libre flujo de inversiones (Vommaro, 2017: 263). Dicha reforma implica un doble objetivo: por un lado, poner al Estado al servicio de los actores que podrían empujar la construcción de una moderna economía de mercado; por el otro, reformar el Estado para que esté en condiciones de llevar a cabo esta tarea. Se trata así, de un doble proceso de modernización y racionalización de las instituciones públicas.

Es precisamente en el marco de un Estado que toma la forma de *facilitador de proyectos*, donde el ingreso de cuadros gerenciales⁴ adquiere sentido, ya que se presenta como necesario importar saberes, destrezas y una cierta ética del mundo de los negocios, que impregne lo público y lo vuelva más eficiente y mejore su performance⁵ (Vommaro, 2016, 2017). Es que desde la lectura del PRO los *managers* portan:

... valores personales y [una] cierta forma de ser en contextos organizacionales, una personalidad managerial que supone movilizar y dar pruebas de algunas cualidades generales que sirven para conducir procesos: flexibilidad, apertura al cambio, liderazgo y capacidad de conducción de equipos y toma de decisiones bajo presión (Vommaro, 2017: 133).

En el marco del proyecto macrista, dichas características se revelan cruciales a la hora de poner en marcha a un Estado gestor, es el saber hacer que las cosas sucedan el principal atributo de los nuevos funcionarios.⁴ Asimismo, dado que el mérito es el principio de legitimación en el mundo managerial, aquellos que llegan a la cima –y que luego han saltado a la arena pública– están seguros de ser los mejores. Debemos entonces tomar seriamente la frase repetida hasta el cansancio –y ya convertida en ironía– en la que el PRO afirma haber construido el mejor equipo de los últimos cincuenta años.

Por otro lado, este ingreso en la política es impulsado además por la manera en la que los *managers* evalúan su carrera en el mundo privado y su rol en la sociedad. Así, dado que están seguros de ser los mejores, los diversos puestos que pueden ocupar en el ámbito de las grandes corporaciones ya no constituyen un verdadero desafío para ellos. En gran parte de los casos analizados por Vommaro (2017), la idea de ingresar a un mundo nuevo, en el que las reglas y los modos de accionar son diferentes, pone en marcha cierto espíritu de puesta a prueba constante de sus personalidades en búsqueda de reconocimiento social

⁴ En el marco preparación del PRO para las elecciones presidenciales y potenciado aún más con su llegada al gobierno nacional y al de algunas provincias, entre 2013 y 2015 el reclutamiento de cuadros se intensificó; este tenía como objetivo potenciar la vocación pública con la iniciativa privada. Actividad que se ejecutó a través de los puentes que el PRO trazó entre los dos mundos, desplegados por serie de organizaciones dedicadas al *scouting* como así también por el llamado y la convocatoria de un puñado de funcionarios destacados: los *PRO puros*, entre los cuales se encuentran Rodríguez Larreta, Marcos Peña, Gabriela Michetti, José Torello y Nicolás Caputo.

⁵ Además se desarrollan nuevas formas de habitar el espacio físico del Estado. “Los despachos están despojados de mobiliario y los viejos edificios fueron adaptados y refuncionalizados para responder al nuevo modo de habitar y ser: espacios abiertos y colaborativos, salas de reunión, mesas redondas que borran las jerarquías... los objetos de la gestión pública adaptan el cuerpo al *ethos* del gestor” (Vommaro, 2017: 296).

y recompensas más morales que económicas. Ingreso que además supone una serie de sacrificios, fundamentalmente de tipo económico, puesto que los sueldos públicos no son comparables con las ganancias que obtienen en el ámbito privado.

Esta idea de sacrificio, también está asociada en el relato managerial al modo en que perciben su rol en la sociedad. En este sentido, trabajar en el Estado es un tipo de *misión de mejoramiento social* (Vommaro, 2017) que recupera cierta lógica religiosa proveniente de su educación –en gran parte de los casos, católica–. Así, la motivación está dada por la idea de *duty* de las clases altas: darle al otro social parte de su tiempo (Vommaro, 2017: 80).⁵

La puesta en marcha de este nuevo modo de comprender al Estado y de los *nuevos* sujetos que lo habitan, se materializó en primer lugar con la llegada del PRO al gobierno de la ciudad de Buenos Aires. A grandes rasgos, es posible afirmar que allí propone llevar adelante una *polis emprendedora*; en ella subyace la idea de que es posible desarrollar políticas públicas sin abrir el juego al conflicto político que esto supone. Al contrario, la misma noción de conflicto es reducida a meras diferencias de perspectivas, y que por lo tanto, podrán ser siempre solucionadas a través de la *expertise* de los técnicos. Esta bonanza sin conflicto está acompañada por la construcción de una ciudad estetizada, hedonista –*Va a estar buena Buenos Aires*– y a la vez ecológica –*Buenos Aires Verde*–. En este sentido, hay un disfrute en el *hacer*, un emprendedorismo que aquí toma la forma del cuidado de sí propio de las nuevas espiritualidades.

La apuesta por el emprendedorismo es el horizonte que guía gran parte de las políticas sociales. Para el PRO se trata de construir un Estado que impulse y fortalezca el accionar de aquellos que quieren *hacer*, *que miran hacia adelante y se proponen progresar*. Así, a través de las ONG y los militantes reconvertidos en el vocabulario PRO en voluntarios, se establece una relación con los otros sociales en términos tanto de compasión como de aprendizaje de competencias emprendedoras y de caridad religiosa.

Las ONG –otro de los sectores claves que componen al PRO– constituyen el motor para que los pobres urbanos puedan acceder a un ingreso sin mediar relación reivindicativa o contenciosa dirigida al Estado. Una suerte de bienestar autogestionado, y sin intermediación política ni estatal. Se inculca un *ethos* emprendedor mediante dispositivos de financiamiento y ayuda, pero también de transferencia de tecnología, que les dan competencias necesarias para desenvolverse en un mundo de negocios a pequeña escala. “Un *empoderamiento* a través del mercado” (Vommaro, 2017: 53).

Son entonces los voluntarios los que dan su tiempo a los otros tal como sostiene Vommaro: “... no se celebra la militancia. No se busca heroicidad sobre la base de un sacrificio corporal, sino un involucramiento que supone la entrega de sí, aunque sea parcial, para “ayudar a los otros” y para defender sus familias (2017: 167).

Es aquí en donde el discurso social del PRO se encuentra con la obra de Margarita Barrientos, en palabras de Mauricio Macri: “*En el comedor Los Piletos se verifica todos los días que pueden trabajar juntos, el Estado, la sociedad civil y el sector privado*”. El Estado no puede solo: necesita también las empresas y las manos dispuestas de los voluntarios solidarios.

Con base en la reivindicación de la gestión, el disfrute por el hacer y el emprendedurismo social, Macri y el PRO en su conjunto, construyen un discurso que logra sortear las definiciones ideológicas tajantes, como las de los partidos tradicionales. Al considerarse como un partido *postideológico* busca presentar su posicionamiento más allá de la derecha y la izquierda, del peronismo-antiperonismo. En esta línea, desde el PRO, las identidades políticas e ideológicas son vistas como contraproducentes, obstaculizantes y obsoletas, ya que son entendidas como un conjunto de ideas heredadas del pasado y desactualizadas que fijan soluciones preestablecidas y constituyen un obstáculo para la gestión eficiente (Grandinetti, 2014). “En términos de Creer y Crecer *los problemas no tienen ideologías, tampoco las soluciones*” (Vommaro y Morresi, 2015: 19).

Esta ausencia de definiciones claras en términos de identidades e ideologías, está acompañada por una particular relación con el pasado y la historia. El pasado, en el discurso PRO, es el lugar en donde se desarrolló *la mala política*, y por ende, es aquello con lo que se busca romper. Así, no se propone —al menos explícitamente— recuperar ningún proyecto o herencia del pasado, puesto que la *buena política* se piensa siempre en tiempo futuro: Gestionar es mirar para adelante. Se trata entonces de “Construir el futuro en vez de reconstruir el pasado” (Grandinetti, 2016: 240). Tal como sostiene Mattina, así parecen presentarse los dirigentes del PRO: “Despreocupados de las causa del pasado, van en busca de su objetivo hacia delante. [...] El futuro que queremos señalar tiene que ver con el presente positivo” (Mattina, 2016: 139).

Finalmente, este conjunto de redefiniciones que hemos desarrollado son englobadas por una determinada noción de política que deja por fuera de sus límites al conflicto⁶ —que desde nuestra perspectiva constituye una variable irreductible de la política en sí misma. En su análisis del discurso de Macri, Gabriela Mattina sostiene que:

... al no formular una crítica a la política como tal —sino a sus prácticas efectivamente existentes— y al recuperar la noción gestionaria y consensualista de esta, el discurso de Macri no resulta en un espíritu antipolítico. Si lo político refiere a la irreductibilidad del conflicto, [...] propone [en términos generales] superar los antagonismos mediante el diálogo —pues estos resultan reducidos a meras diferencias en el abordaje de los problemas, siempre pasibles de ser solucionados por el saber técnico (2016: 87).

⁶ En consonancia con este nuevo posicionamiento, el partido busca escapar a las lógicas tradicionales y propone otro estilo de organización más próximo al modelo de las grandes empresas. Mauricio Macri toma el lugar de un *team leader* —por cierto indiscutido— abierto al diálogo y consensualista que promueve el trabajo en equipo y busca que la heterogeneidad ideológica de su espacio no constituya trabas para la gestión. Así, las definiciones de carácter ideológico son propias del siglo pasado y encorsetan su *pasión por hacer*. Por otro lado, frente a los grandes actos, las políticas de acercamiento al ciudadano se desarrollan principalmente a través de los *timbreos* en donde los funcionarios junto a algunos voluntarios charlan sobre los problemas de la gente. Otra de las características propias que ha adoptado el macrismo son las grandes Fiestas que emulan las fiestas de fin de año de las grandes compañías, en donde el *team leader* le habla a un auditorio respecto de los objetivos alcanzados y los planes al futuro. Así, este partido *postideológico* redefine también a sus destinatarios: se dirige al “ciudadano común” despolitizado que no repara en la división entre derecha e izquierda o peronismo-antiperonismo, sino que está preocupado por sus problemas cotidianos.

A fin de cuentas, en reemplazo de las categorías y las prácticas anticuadas, se postula la construcción de una identidad moderna de la política que estaría ligada a la unidad y al consenso (no a la división y al conflicto) a través de la gestión seria, honesta y eficaz que, a su vez, permitiría la generación de condiciones para que todos puedan crecer en una suerte de carrera abierta al talento. Así, la política se concibe como un servicio que se dedica a la resolución pragmática de los problemas –de la gente– que va más allá de cualquier ideología, ya que esta es considerada como una mochila, como algo que restringe la capacidad de acción (Grandinetti, 2016).⁷ No obstante, tal como afirma Morresi, esta concepción moderna de la política “aparece como una propuesta postideológica de raigambre liberal y no como antipolítica” (2016: 180).

Sin embargo, la historia de nuestro país ha demostrado en innumerables ocasiones que más allá de los esfuerzos que los dirigentes y el Estado llevaron adelante en pos de suprimir el conflicto político, este siempre irrumpe, poniendo a prueba la efectividad de la clausura de los espacios públicos como así también dando cuenta de la inquebrantable capacidad de resistencia de los hombres que viven en sociedad.

De resistencias o ¿cómo enfrentar la nueva política?

Interrogarnos acerca de la forma en que los diversos actores se reorganizan en función de un renovado modo de entender el rol del Estado y la política propuesto por el PRO, supone el gran desafío de pensar al calor de los acontecimientos. Y aún más cuando, mientras escribimos este trabajo, se suceden la Marcha Federal Educativa, la represión a los metrodelegados y la posterior detención de sus principales representantes. La absoluta contemporaneidad con los acontecimientos que tratamos aquí, podrá quizás alterar nuestro intento de comprenderlos, ya que la distancia temporal se revela como una de las condiciones claves para producir un relato.

No obstante, creemos que es fundamental asumir este desafío, ya que estamos ante un gobierno que acompañado por un *cierto clima de época*,⁸ amenaza no solo las posibilidades de participar en los asuntos públicos, sino que también atenta deliberadamente contra las condiciones materiales de vida de gran parte de la sociedad. En resumen nuestro interrogante, en este segundo apartado, gira en torno a: ¿Cómo resistir a los embates del macrismo? ¿Existen hoy esos espacios de resistencia? ¿Qué quedó del activo entramado de organizaciones y militancia desplegado durante los gobiernos kirchneristas? Trataremos

⁷ Esta ausencia de definiciones claras en términos de identidades e ideologías, está acompañada por una particular relación con el pasado y la historia. El pasado es el lugar en donde se desarrolló *la mala política* y por ende es aquello con lo que se busca romper. Así, el PRO no recupera ningún proyecto o herencia del pasado puesto que la *buena política* se piensa siempre en tiempo futuro: gestionar es mirar para adelante. Se trata entonces de: “Construir el futuro en vez de reconstruir el pasado” (Grandinetti, 2016: 240). Tal como sostiene Mattina, así parecen presentarse los dirigentes del PRO: “Despreocupados de las causas del pasado, van en busca de su objetivo hacia adelante” (Mattina, 2016: 139).

⁸ Ver al respecto Cortés, M. (2017). *Macri en América Latina. Una contribución argentina al cambio de época regional*. Documento de coyuntura n° 12. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en https://www.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2018/03/Documento_Coyuntura_12-1.pdf

aquí de esbozar alguna respuesta a estos interrogantes, aunque sea solo un preliminar pensamiento en voz alta.

Tal como es analizado por Germán Pérez y Ana Natalucci (2012) en *Vamos las bandas*, desde sus inicios el kirchnerismo se constituye en un experimento político de autocreación desde el gobierno, que combinó la estrategia de no reprimir la protesta con una convocatoria a los diversos movimientos sociales resultantes de los convulsionados años 2000. Así, el espacio militante kirchnerista ha sido sumamente dinámico desde su constitución.

Por un lado, ha incorporado a nuevas generaciones a la política a partir de la recuperación de una mística militante de compromiso político con base en ciertos acontecimientos disruptivos respecto del pasado reciente, que promovieron la participación frente a la apatía política de los noventa. Y por otro, ha instaurado un nuevo sentido común, reformulando los principales ejes de debate en la cultura política posterior a la recuperación de la democracia (Pérez y Natalucci, 2012: 11).

Bajo una *gramática movimientista*,⁹ los gobiernos kirchneristas desarrollaron en mayor o menor medida una apelación a la incorporación de las organizaciones sociales a la órbita estatal y la apelación a un lenguaje de derechos que favoreció, en parte, a la superación de la fragmentación y la consolidación de las articulaciones interorganizacionales. De este modo, cuando el PRO llega a la Casa Rosada, en 2015, se encuentra con una oposición fuerte pero golpeada por los recientes resultados electorales.¹⁰ El celebrado giro neoliberal, acompañado por un ajuste estructural a favor de la economía de mercado y el emprendedorismo privado, se encuentra así con otra *pesada herencia*, constituida por el entramado de organizaciones sociopolíticas que funcionan como los principales actores articuladores y canalizadores de la conflictividad. Dichas organizaciones protagonizaron durante el kirchnerismo diversas movilizaciones que giraron en torno a cuestiones vinculadas con la ampliación de los derechos.¹¹

Por el contrario, las medidas de ajuste económico¹² impulsadas por el gobierno desde 2015 generaron diversas movilizaciones que giraron en torno a la defensa de la calidad de

⁹ Tal como sostienen Pérez y Natalucci, “las organizaciones de gramática movimientista conciben a la historia en dos etapas: la de resistencia –de retroceso político y económico para los sectores populares– y la ofensiva. [...] Dado que esta gramática se constituyó en directa relación con la integración de los sectores populares al Estado nacional, combina, en diversas dosis según los casos, la representación corporativa con la apelación a un lenguaje de derechos. La expectativa es construir un movimiento nacional que, desbordando los límites del partidarios, impulse un proyecto popular policlasista. En este esquema, las organizaciones se piensan a sí mismas como puentes entre el pueblo o los sectores que representan y el Estado, al que conciben como principal agente de cambio social. [...] como último rasgo típico de la gramática movimientista de la política cabe destacar la importancia que asume el líder en tanto representación simbólica de la unidad popular anunciada, y como artífice de la conducción del proceso político de realización de los intereses populares” (Pérez y Natalucci, 2012: 22).

¹⁰ Los resultados del *ballotage* del 22 de noviembre de 2015 muestran la estrecha diferencia: 51,34% Cambiemos frente a 48,66% del Frente para la Victoria.

¹¹ Entre ellas, podemos nombrar el conflicto por la 125, la Ley de Medios Audiovisuales, el Matrimonio Igualitario, la Asignación Universal por Hijo.

¹² La devaluación, la eliminación y reducción impositiva a los sectores extractivos y exportadores agropecuarios, el endeudamiento público con los organismos internacionales, la apertura comercial y el prejuicio sobre la producción nacional, la presión sobre los salarios para abaratar el costo de la economía y la suba de tarifas de

vida y de los derechos adquiridos, volviendo a instalar a *la calle* como escenario político insoslayable.¹³ Frente a la irrupción del conflicto y en gran consonancia con la forma en la que desde el PRO se comprende la política, el gobierno ensaya dos respuestas: en primer lugar, apuesta por la represión policial, avalada con la elaboración del Protocolo antiprotestas¹⁴ y la persecución judicial de sus principales referentes.¹⁵ En segundo lugar, intenta neutralizar esta conflictividad impulsando desde lo discursivo una constante convocatoria al diálogo junto con una sectorización de las demandas, buscando así desarticular a los diversos actores y los reclamos que los convocan.

Respecto del primer punto, la memoria y el rechazo colectivo a la represión, en cuanto herencia de la última dictadura militar, pero también de los “democráticos” años noventa, todavía logra mantener en suspenso la puesta en marcha en su totalidad del Protocolo antiprotestas, si bien operan dispositivos represivos latentes que reprimen y hostigan de forma fragmentada la movilización y a sus protagonistas. Un claro ejemplo son los casos de represión durante la desconcentración del Primer Paro de Mujeres en 2017. No obstante, también es necesario reparar en el apoyo, cada vez más evidente, de buena parte de la sociedad a la represión. Creemos que tanto la desaparición de Santiago Maldonado en agosto de 2017 a manos de la Gendarmería Nacional en medio de una represión en la provincia de Chubut, como el caso de gatillo fácil protagonizado por el policía bonaerense Luis Chocobar, no representaron grandes costos políticos para el gobierno. Por el contrario, la victoria del oficialismo en las elecciones legislativas de 2017 –pocos meses después de la desaparición de Santiago– y el público encuentro entre Macri y Chocobar en la Casa Rosada representan indicios de aceptación y apoyo al incremento de la represión.¹⁶

los servicios públicos que terminan por restringir el consumo de las clases medias y populares, son algunas de las más importantes de un conjunto de iniciativas desplegadas para construir una nueva normalidad hecha de antipopulismo, “regreso al mundo” y generación de condiciones para la inversión privada externa (Armellino y Vommaro, 2016: 4).

¹³ En los primeros meses del gobierno de Macri se sucedieron una serie de manifestaciones llevadas adelante por diversos sectores sociales que levantaron consignas dirigidas hacia la protección de los derechos adquiridos y el nivel de vida.

¹⁴ En los primeros meses de 2016, el gobierno nacional dio a conocer un protocolo para la actuación policial en las manifestaciones públicas que otorga a las fuerzas de seguridad amplias facultades para reprimir y criminalizar las protestas sociales. Según el CELS, “uno de los aspectos más graves de la resolución es que no prohíbe de manera explícita que los policías que intervienen en las manifestaciones utilicen armas de fuego, ni tampoco que usen balas de goma para dispersar. La resolución también habilita detenciones con criterios amplios e imprecisos”. Otro de los puntos sobresalientes es que también se limita el trabajo periodístico, ya que la policía indicará a los trabajadores de prensa dónde pueden ubicarse. Esto además afecta de manera negativa la libertad de prensa e impide el control que el registro fotográfico y audiovisual ejerce en el trabajo policial, como se ha demostrado en otras ocasiones frente a los homicidios cometidos por la policía en protestas sociales (CELS, 2016).

¹⁵ La encarcelación ilegal de Milagro Sala da cuenta de esto.

¹⁶ Según el informe anual de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Correpi) publicado en diciembre de 2017, en los 721 días del gobierno de Cambiemos hubo 725 fallecidos y se describió esta etapa como una de las más represivas de la historia argentina. Por primera vez, Argentina supera la marca del muerto diario por gatillo fácil o torturas (Correpi, 2017)

Por otra parte, el proceso de judicialización sobre la protesta y la oposición, abarca no solo el encarcelamiento de manifestantes,¹⁷ sino también el procesamiento de los principales referentes. En la misma línea encontramos la intervención del Partido Justicialista impuesta desde abril de este año. Estos acontecimientos permiten dar cuenta de una convergencia entre el Poder Judicial y el Ejecutivo.

En segundo lugar, la convocatoria al diálogo como principal eje de la gestión estatal se desarrolla a partir de encuentros sectoriales en los que el gobierno intenta proponer respuestas técnicas a problemas políticos. Un claro ejemplo de ello, es el constante llamamiento al diálogo a los gremios docentes pero *con los chicos en el aula*. Así, la apelación al diálogo y al consenso —que solo son discursivos— se da en el marco de una creciente represión y desaparición de instituciones canalizadoras del conflicto, como lo fueron en los últimos años las mesas paritarias.

De este modo, la represión combinada con el llamamiento sectorial y fragmentado a un diálogo técnico —nunca político— pone en jaque no solo la capacidad de las organizaciones existentes de entablar relaciones, articularse y constituir una resistencia, sino también cierra los espacios de participación en los cuales se funda el más preciado bien político: la libertad de participar en los asuntos públicos.

Es la nueva *expertise* de los que se “*metieron en política*” aquella voz autorizada para resolver los problemas de la gente —problemas identificados y respuestas planificadas por el mismo gobierno— que solo encontraran solución en el *hacer*, en la gestión como gran impulsora de la nueva Argentina.

El desafío de resistir ante un Estado que criminaliza y reprime la protesta es enorme, aún más cuando la hace inaudible a través de su propio discurso —todavía muy eficaz— al no reconocer a los otros como interlocutores políticos válidos, sino como meros ciudadanos, en el mejor de los casos. La llegada de un gobierno que detenta un *revanchismo de clase* tal vez permita explicar el enorme retroceso que estamos viviendo tanto de las condiciones de vida de gran parte de la sociedad como del reconocimiento de los sectores más vulnerables como sujetos de derecho. En las páginas finales de *La larga marcha de Cambiemos* (2017) un funcionario del actual gobierno afirma:

... en un momento, hicimos un asado con todo el equipo en la casa de uno de los chicos porque había salido el discurso que hizo Yasky en el acto de la CTA que dijo que este gobierno es un revanchismo de clase. Y a mí me generó una reflexión. En algún punto puede ser, pero yo creo que es positivo: creo que el miedo a la venezualización de la Argentina generó una consciencia social o cívica entre mucha gente que no se hubiera metido en política si no fuera por el kirchnerismo (Vommaro, 2017: 228).

Frente a esto, ¿cómo abrir el verdadero conflicto político si justamente lo que se busca es hacer desaparecer, tanto al conflicto como a la política del plano del Estado?

¹⁷ Hubo más de 60 detenidos en la represión de diciembre de 2017 en la manifestación en Plaza de Mayo contra la reforma previsional.

Mientras atravesamos tiempos de oscuridad, aquello que nos resta afirmar es que hoy la política está en las acciones extraordinarias: manifestaciones, tomas de espacios públicos, marchas, etcétera. Recuperando las conceptualizaciones acerca de la noción de política que propone Hannah Arendt (2007), podemos afirmar que estos son los espacios de resistencia que ponen en escena la libertad política que los mismos actores ponen en marcha al momento de salir a la calle.

Frente a una institución que se empeña en cerrar los espacios y reprimir la participación (acrecentando las distancias entre representados y representantes, y consolidando las formación de élites políticas que claramente responden a intereses de clase), los hombres, dando cuenta del principio de natalidad propuesto por Arendt (2008), son capaces de lo nuevo, del milagro del actuar juntos que cuestiona, irrumpe en lo establecido e instituye nuevos espacios de participación, libertad, y por lo tanto, política, donde antes no existían y frente al explícito deseo de hacerlos desaparecer.

Así, aunque estos espacios/encuentros sean frágiles, efímeros y cedan ante las inclemencias del tiempo, es importante adoptar una serie de conceptualizaciones que nos permitan ver y analizar lo trascendental de estos fenómenos. Si bien es tentador trazar paralelismos con nuestro pasado reciente, la cruda década de los noventa, creemos que es fundamental sortear la tentación de pensar la actualidad como una mera repetición del pasado. Así es que será posible pensar el presente con nuevas categorías, volviendo siempre sobre el camino para revisar los pasos dados. Se trata entonces simplemente de pensar lo que hacemos, siempre.

Bibliografía

- Arendt, H. (2007) [1965]. *Sobre la revolución*. Buenos Aires: Alianza.
- (2008) [1958]. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Grandinetti, J. (2015). “Mirar para adelante’ Tres dimensiones de la juventud en la militancia de los jóvenes PRO”. En Vommaro, G. y Morresi, S. (2015), “*Hagamos Equipo*”. *PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, pp. 163-202. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Mattina, G. (2015). “De ‘Macri’ a ‘Mauricio’. Una aproximación a los mecanismos de constitución pública del liderazgo político en la Argentina contemporánea”. En Vommaro, G. y Morresi, S., “*Hagamos equipo*”. *PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, pp. 71-110. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Pérez, G. y Natalucci, A. (eds.) (2012). *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vommaro, G.; Morresi, S. y Belloti, A. (2015). *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Buenos Aires: Planeta.
- Vommaro, G. y Morresi, S. (orgs.) (2016). “*Hagamos equipo*”. *PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.